



AGREGADOS A LA OBRA

1

Tal vez no sea casual el hecho de que los detractores de Maradona tengan la manía de apuntar sus dardos más venenosos sobre la persona del ídolo en lugar de focalizar su atención en el *lugar* que ocupa su persona para el otro. Es habitual en la gente confundir el *rol* con la *función* y volcar el ácido de sus críticas sobre el individuo y no sobre la pasión que encarna en el inconsciente de sus fans. Esta mirada desvirtuada que poseen muchos críticos sólo puede producir y reproducir al infinito el problema de caer en consideraciones superficiales de tipo moral, casi siempre exaltando el carácter violento y despectivo de su personalidad, para concluir en trivialidades tales como si es o no una buena o mala persona, cuando lo que en realidad va a determinar la apariencia del ídolo ante el otro es el lugar en el que su persona encuentra su re-presentación como ídolo humano, es decir, como el ídolo de multitudes.

2

Como dijimos anteriormente, el punto más vulnerable del temperamento de Diego parece ser el vínculo que ha podido forjar con la ambivalencia, ese modo particularmente contradictorio que tiene de relacionarse con el otro, que es el reproche más ácidamente divulgado entre sus admiradores más críticos y, por alguna razón, también el menos comprendido. Si bien Diego es un ídolo que vive permanentemente al borde de la contradicción, con un pie en la cordura y otro en lo irracional, sufrirá los vaivenes de la dualidad interior por el sólo hecho de encarnar en su propio ser lo que los argentinos *somos*, pero también por encarnar lo que los argentinos queremos ser y, al mismo tiempo, luchamos para no ser.

Visto desde una visión más oriental, digamos, Maradona mismo sería en sí una suerte de yin y yang, con su lado positivo y su lado negativo adheridos cada uno al dorso de su sobresaltada personalidad. Porque en “el Diego” está todo: está el campeón y está el déspota; está el talento y la torpeza; está todo lo que amamos y todo lo que aborrecemos; lo que reprobamos y lo que consentimos; lo que nos seduce y lo que nos fastidia... ¡de nosotros mismos!

No olvidemos que en algún recoveco de su virtuosa alma de niño todavía está latente el barrio, el potrero, la pobreza, la familia, la pasión..., pero también está Versacce, los autos deportivos, los habanos, los viajes por el mundo y todo lo que hoy Diego es y hace y lo que aparentemente no condice y desdice con lo que alguna vez fue e hizo.

Una escena que lo pinta de pies a cabeza: tiene su sitio en un palco vip, pero vocifera como si estuviera en la popular. El dice que es “el Diego de la gente”, “el Diego de los que no tienen voz”, pero en un santiamén se da vuelta, se codea y se mimetiza con los poderosos, los ricos y la gente más esnobista y superficial de la farándula.

Una controversia final para repensar: ¿Será su famosa soberbia la que hoy opaca su resplandeciente figura ante las cámaras de televisión una forma de enmascarar, de velar tal vez, la fragilidad de su desconocida y remota humildad?

3

Nadie sabe si seguirá agitando sus alas en la eternidad o si usará sus piernas de fibroso acero para andar con paso dócil y tranquilo por la vida. Todo indica que intentará volar una vez más. Pero también es probable que quiera fabricarse piernas nuevas para volver a jugar y seguir regalándole felicidad a la gente, como lo hizo siempre, pero seguramente, cuando quiera volver hacerlo, ya no podrá. Sin embargo, no descartamos la posibilidad de que ahora cambie definitivamente y quiera jugar sólo para darle alegría a su propio corazón (así, como alienta a que haga la canción de Fito Paez).

4

Si su meta no consta en horadar el cielo con las manos sino en regresar a la tierra con los pies afirmados sobre ella; si su ambición no se encuentra en abrazar la gloria hasta perder el último hálito de vida sino en soltarla suavemente, como se deja ir de la mano un pájaro para que siga viviendo. ¿Y si en lugar del hombre arrogante y caprichoso que busca hallar el elixir de la vida es el dios humillado y renacido el que se torna en mortal al final? Quién sabe. ¡Ojalá encuentre el camino que lo conduzca a la libertad! Pues sería la grandeza del pequeño y no la del gigante. La del Hombre; no la del Dios.

5

Los que palpitan el juego del fútbol por pura diversión o por el simple placer de jugar lo hacen sólo para vivir la fugacidad que impera en estos turbulentos tiempos posmodernos, en cambio, los futbolistas profesionales –los que hacen del juego un trabajo serio y bien remunerado- son los que sueñan con ganarse un sitio en la posteridad y dejar sus goles y jugadas magistrales grabados en los anales de la historia del fútbol. Sólo unos pocos tocados con la varita tienen el raro privilegio de lograr la consagración, en el campo de hierba, y alcanzar con ello la gloria de los más grandes. La gran mayoría de los futbolistas sucumben ante el poder arrasador del tiempo y regresan a su casa cabizbajos, con el alma deshecha en los botines, cargando el recuerdo de haber arañando el dorado cáliz de la gloria, con ese sabor amargo que deja en la boca el “saberse” ser hijo de vecino.

6

Es como si cuando el árbitro hace sonar el silbato inicial, eso que rueda por el césped fascinando por doquier las miradas de millones de espectadores no fuera en realidad una pelota sino una suerte de moneda, consagrada al culto y la adoración. No olvidemos los millones que mueve el fútbol en el mundo, y las sumas astronómicas que ganan hoy en día los jugadores internacionales más destacados.